

EL PROLETARIADO COMO PROTAGONISTA DE LA REVOLUCION: FIN DE UN MITO

Para Marx, sólo el proletariado es una clase *auténticamente revolucionaria*.

Reichhold, en un importante libro del que tomamos la mayor parte de lo que a continuación diremos (*), pone en duda esta afirmación de Marx, recogiendo en confirmación de su tesis las opiniones de la llamada «Nueva Izquierda», que reprocha al proletariado haber traicionado la causa revolucionaria y haberse vendido al enemigo por un plato de lentejas.

Lo cierto es, y ello está a la vista aun sin necesidad de los razonamientos y comprobaciones del autor, que la clase proletaria ha carecido siempre de iniciativa y de ideas originales propias, quizá, entre otras causas, por su natural bajo nivel cultural.

La clase proletaria ha sido siempre una parte desheredada y mísera de la población, hábilmente manejada por la *intelligentsia* que ha elaborado su ideología y la ha movido a su antojo. «Desde Marx a Lenin y Mao-Tse-Tung, se extiende, a manera de hilo rojo invisible, la influencia de este sector de intelectuales que se deja sentir con más fuerza sobre la clase trabajadora a la que señala e impone unos objetivos revolucionarios que no le son propios».

El conde de Saint-Simon, Robert Owen, Fernando Lasalle, Marx, Engels, Jaures Adler y Bauer, entre otros, no eran precisamente obreros proletarios. Y Lenin, el hombre que realmente dio vida al concepto de proletariado e impuso al mismo la implacable dictadura de su poderosa inteligencia, no era tampoco un desheredado.

Lenin, nacido en Simbirks el 22 de abril de 1870, pertenecía a una familia burguesa. Su padre era profesor de matemáticas y ostentaba título de nobleza. Su madre fue hija de un afamado médico, dueño de fincas y tierras. Hacia 1892 se convirtió al marxismo, considerándose discípulo de Plejanov. Abogado notable y amante de la filosofía, elaboró una doctrina política que, en la U. R. S. S. aparece indisolublemente ligada a la de Marx, aunque entre ambas existen notables diferencias de apreciación e interpretación.

(*) LUDWIG REICHHOLD: *El adiós a la ilusión proletaria (Fin del mito revolucionario)*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1975.

Mao es el único líder obrero, de origen campesino, a juicio de Reichhold.

Muchos de los ideólogos revolucionarios citados, predecesores de Marx, así como algunos otros de tendencias anarquistas, elaboraron doctrinas totalmente utópicas. Luego veremos que aunque Marx pretendió que su teoría fuese plenamente «científica», incurrió también en el mismo fallo que reprochaba a sus antecesores.

Marx fue sin duda un buen observador de la realidad social inglesa que describió con pormenor y acierto, pero las conclusiones que sacó de la misma, especialmente su proyección científica hacia el futuro, fueron equivocadas como ha demostrado la realidad.

Para Marx, la sociedad se divide fundamentalmente en explotadores y explotados. Los explotadores son los capitalistas; los explotados, los obreros, el *proletariado*.

El proletariado no es libre. Está «alienado», «condicionado», sometido a las circunstancias de una «superestructura» imaginaria y de una «infraestructura» real en que vive.

El concepto de alienación no es una idea original de Marx. La tomó de Rousseau que la utiliza con frecuencia en su *Contrato social*, referida a la libertad. Marx hereda dicha idea de Hegel que la expone en su *Fenomenología del espíritu*. Para Marx, el hombre está «enajenado», pero no por una «transferencia» de la conciencia como exponía Hegel, sino por unos condicionamientos económicos como concluyeron algunos discípulos de aquél, especialmente Feuerbach. Para este filósofo, «el punto de inflexión de la historia será el momento en que el hombre tome conciencia de que el único Dios del hombre, es el hombre mismo. *Homo hominis deus*».

La base de todo el proceso parte de un materialismo radical y evolucionista que niega la existencia del espíritu como tal. Para Marx y sus seguidores, el pensamiento es «una secreción del cerebro igual que la bilis lo es del hígado». De ahí la absoluta oposición del marxismo a toda idea religiosa y especialmente a la Iglesia católica como la culminación y perfección de todas ellas.

Lenin, por su parte, afirma rotundamente que la clase trabajadora es incapaz por sí misma de crear una idea revolucionaria. A lo más, puede llegar al convencimiento de la necesidad de sindicarse para conseguir mejoras en su situación económica, pero «la conciencia política de clase no la posee y ha de recibirla forzosamente de elementos ajenos a ella». La doctrina del socialismo ha sido elaborada a través de unas teorías filosóficas, históricas y económicas, que constituyen la obra de los más destacados representantes de las clases dominantes de la sociedad: la *intelligentsia*. De donde concluye Reichhold, que «el socialismo no es otra cosa que un producto de los intelectuales».

Los primitivos sistemas de producción anteriores a la primera revolución industrial, y especialmente, la artesanía, no eran favorables a la formación de una clase mísera y desamparada, manejada por otros grupos. Los gremios constituyen una comunidad bien organizada en la que se asciende escalonadamente, según reglas establecidas, a los superiores peldaños de la empresa productiva.

Con la introducción del maquinismo en la industria, aparece la figura del proletariado, e incluso del llamado *lumproletariat*, especie de proletariado ínfimo y subdesarrollado. Es entonces, precisamente cuando se deja sentir el intrusismo e influjo de los intelectuales en la clase obrera, entre la que divulgan la idea de la dictadura del proletariado revolucionario y la sustitución de la propiedad privada por la propiedad colectiva de todos los medios de producción.

Marx considera utópicos a los revolucionarios anteriores, a los que trata despectivamente, elaborando por su parte una teoría socialista sólida y «científica».

Pero resulta que la teoría de Marx, pese a su aparente cientifismo, es tan utópica como las anteriores, como ha demostrado la experiencia. Basada en la práctica —praxis en términos usuales marxistas— se proyecta siempre hacia un futuro inalcanzable —la sociedad sin clases— que por antinatural no llega nunca y mientras tanto, lo único verdaderamente cierto será la «dictadura del proletariado», que más bien será *sobre* el proletariado, ya que las restantes clases desaparecerán y todos seremos proletarios, asalariados de un solo patrón omnipotente, el gran Leviatán en que se convertirá el Estado, manejado por unos burócratas tecnocráticos, cuya autoridad no reconocerá límites por no existir ninguna potestad por encima de ellos ni haber tampoco ningún poder auténtico por debajo.

La teoría marxista se apoya en tres postulados fundamentales:

El materialismo histórico como soporte filosófico.

La plus valía como factor económico; y

La lucha de clases como elemento sociológico.

El materialismo de Marx es absoluto. La vida es desarrollo de la materia evolucionada y la inteligencia la culminación evolutiva de la vida.

No hay Dios ni espíritu superior alguno. Estos conceptos son pura creación, de nuestra conciencia. Las ideas de justicia, belleza, etc., son proyectadas fuera de nosotros mismos que las recibimos de nuevo como reflejadas en un espejo, atribuyéndolas a un Ser superior distinto de nosotros, al que, en definitiva, nos sometemos, aceptándolas como obligatorias. En esto consiste la

alienación para los marxistas. Pero como no existe nada ajeno a nosotros, debemos liberarnos de la opresión que supone el reconocimiento de normas teológicas, éticas o morales. De ahí su consideración de la religión como el opio del pueblo.

En resumen, según los marxistas, Dios no ha hecho al hombre a su imagen y semejanza, sino que es el hombre el que a su imagen y semejanza ha hecho a Dios.

Los acontecimientos históricos sólo tienen motivaciones materiales; en definitiva, apetencias económicas o de poder.

Una profunda observación de los hechos, e incluso del sentido común, demuestran la falsedad de este postulado marxista. Muchos hechos históricos han tenido como causa impulsos espirituales e ideológicos. Precisamente los más importantes aunque siempre, como en toda manifestación humana, se encuentren mezclados el bien y el mal, la cizaña y el trigo. El maniqueísmo discriminatorio a más de irreal es falso.

La plus valía supone para Marx un exceso de valor en los bienes elaborados, que debería estar representado sólo por el trabajo invertido en la transformación. Esta plus valía va al patrono, y según Marx, corresponde al obrero que se ve de este modo defraudado.

Resulta evidente que en cualquier objeto transformado hay que tener en cuenta no sólo el trabajo puesto en él, como pretende Marx, sino también toda una serie de factores que hacen que la producción sea posible. Entre estos factores habría que incluir, lógicamente, hasta la paz social que hace posible la producción, a más de todos los servicios necesarios para que la sociedad pueda desenvolverse. Así lo explicó acertadamente Mella en un bello discurso.

En cuanto a la lucha de clases, entiende Marx que existe fatalmente una oposición permanente entre explotadores y explotados, sin que sea posible encontrar un punto de armonía entre los intereses de uno y otro grupo, pues según el marxismo, no es la conciencia del hombre la que dirige su existencia, sino su existencia y condiciones de vida las que determinan su conciencia. Por eso, según ellos, la historia camina irremisiblemente a un cambio completo de las estructuras sociales. El avance en tal sentido es inexorable y la misión del proletariado es acelerar el proceso tomando conciencia de su fuerza. El proletariado puede acelerar el proceso, igual que se puede adelantar la caída de un muro ruinoso, empujándolo.

A Marx y a los auténticos marxistas no les interesa en absoluto la situación social del proletariado y así lo han manifestado en múltiples ocasiones. Sólo persiguen aprovechar la fuerza que el proletariado supone, para derribar antes las estructuras sociales.

Como ha observado Rosemberg, Marx no partió de la miseria del proletariado y de su desgraciada situación para intentar la mejoría de esta clase, sino que, al buscar los medios para realizar la revolución, se encontró con el proletariado. O, como dice Henri Lefevre, «El marxismo no aporta un humanismo sentimental y lacrimoso. Marx no se preocupa del proletariado porque esté oprimido, sino porque se trata de una fuerza» (véase su obra *Le marxisme, Karl Marx et sa doctrine*, pág. 42, Ed. Sociales, París).

Pero el proceso previsto por Marx no se desarrolló como él había imaginado.

El maquinismo y sobre todo la segunda revolución industrial, no aceleraron el incremento del proletariado, sino al contrario.

Ya en 1927, Henry de Man, socialista belga, en una publicación titulada *Por un plan de acción*, se pronunció por un tipo de socialismo evolucionista que discrepaba radicalmente del marxismo clásico.

Según esta obra, la acumulación de la riqueza en monopolios productivos que irían concentrándose cada vez más hasta llegar al máximo momento en el cual serían expropiados por el Estado, no tuvo lugar, sino que, por el contrario, a la sombra de las industrias automatizadas surgieron una multitud de empresas secundarias y auxiliares, incluso de tipo artesano. Así, al amparo de la industria automatizada del automóvil proliferaron reducidos talleres artesanos de reparación y pequeñas fábricas de accesorios, como bujías, neumáticos, etc., con trabajadores y propietarios bastante independientes que venían a ser auténticos burgueses y disfrutaban de mayores ingresos reales que muchos intelectuales y ejercientes de profesiones liberales.

Otra importante obra de Henri de Man, complementaria de la anterior, es *Zur Psychologie des Sozialismus*, en la que expresa que el socialismo no nació tanto de la miseria económica de los obreros que por ello se enfrentaban con los capitalistas, sino más bien de la angustia moral de considerarse inferiores intelectualmente a los mismos. No se trata, por tanto, de un odio contra los mejor acomodados, sino de un problema de dignidad. Así, pues, no se debe a la angustia física del trabajador manual, sino más bien a la angustia psíquica del trabajador intelectual. El proletariado, carente de una cultura propia, sólo procura imitar a la burguesía y, en resumidas cuentas, convertirse en burgués.

La nueva situación produjo el fortalecimiento de los criterios sindicalistas de mejora de la clase obrera sobre una base evolucionista, sin destrucción de las estructuras sociales.

El socialismo marxista se transformó, de este modo, en muchos casos, en un verdadero *sindicalismo de reivindicación*, aunque no siempre libre del virus

que representaba el «socialismo científico». Especie de socialismo sindical, que pretendía solamente la elevación del nivel de vida de los trabajadores.

En la década de los años veinte y algunos después, se patentiza un creciente desacuerdo entre la teoría marxista y la práctica de los partidos obreros de corte sindicalista, en los que la formación y preparación de una élite se inicia, como es natural, en los niveles inferiores y locales, en los cuales los más preparados e inteligentes se van destacando como dirigentes y son elegidos por la base para que la represente en los escalones más elevados hasta llegar a los de ámbito nacional.

Esta evolución es particularmente visible en Norteamérica, en donde el portentoso desarrollo industrial no se ha visto acompañado de una proletarianización de los obreros, sino más bien al contrario de un aburguesamiento de la clase trabajadora, que con frecuencia tiene mayores ingresos que los intelectuales y que no envidia su *status*.

En los últimos años, este revisionismo ha penetrado en el seno de los mismos partidos socialistas, que han llegado a transformar de modo radical y espectacular sus posiciones ideológicas.

Ahora bien, el movimiento sindical no es inmune, como ya hemos indicado, al influjo del socialismo científico y ha sentido siempre la tentación de combatir las estructuras capitalistas. Nada tiene de extraño, por otra parte, puesto que el bacilo del socialismo de la *intelligentsia* ha llegado incluso a infiltrarse en las propias filas capitalistas.

De este modo se ha ido formando, dentro del mismo movimiento sindical, una «nueva izquierda», cuyo parentesco o afinidad con los intelectuales marxistas es evidente.

Berstein, por su parte, había adoptado también, con anterioridad, una posición *revisionista*, poniendo en duda la realidad de un «socialismo científico». Berstein afirma que las tesis de Marx no tienen valor científico, y ataca, en última instancia, la interpretación marxista del proletariado.

La superación, tanto teórica como práctica del *determinismo económico* del que Marx había partido en la exposición de sus teorías, abría a la clase trabajadora nuevas y desconocidas perspectivas.

Berstein entiende que el capitalismo va debilitándose poco a poco por la introducción en el mismo de elementos socialistas.

Por su parte, el socialismo va también suavizando su radicalismo y tomando algunas características del capitalismo, como es, por ejemplo, la economía de mercado, aunque matizada en ciertos aspectos, incluso en la misma U. R. S. S. y particularmente en Yugoslavia, como procedimiento para estimular la producción.

De esta manera, el revisionismo de Berstein y las teorías de Henry de Man

y seguidores de ambos, estaban llamados a convertirse en la ideología típica del movimiento sindical socialista.

A estas posturas, los marxistas puros las consideraban como un socialismo *descafeinado*, no revolucionario, con lo cual, a base de reflejos psicológicos, buscaban apartar a los obreros de estas actitudes pacifistas y beneficiosas en la práctica, con el propósito de llevar el agua a su molino subversivo.

Los revisionistas rechazan la dictadura del proletariado y la huelga como instrumento de lucha política subversiva.

Un socialismo de este tipo, con reconocimiento de la propiedad privada de los medios de producción y condena de la huelga y de la dictadura del proletariado, resulta aceptable, pero indudablemente no es acertado llamarlo socialismo. Será más bien un *societalismo*, como lo llamaba Mella, si supone un incremento de las relaciones y competencias sociales, lo que a todas luces es natural y conveniente, o se trata simplemente de movimientos de elevación y mejora social, que toda persona sensata y normal ha defendido y defenderá siempre.

Hay un hecho ciertamente comprobado y es que los hombres luchan con ardor por conseguir ventajas materiales, pero es, sin embargo, aún más cierto, que sólo están dispuestos a dar la vida en defensa de la libertad, como proclamó repetidamente Aparisi y Guijarro.

Por el lado capitalista, es también evidente que la propiedad ha dejado de ser un derecho absoluto para convertirse en un derecho *relativo*.

También Lenin, con sus tesis sobre la revolución, está en manifiesta oposición con las teorías fundamentales de Marx. El precio que Lenin hubo de pagar por elevar el mito de la revolución proletaria a la categoría de máxima de la acción política, fue la degradación del proletariado al rango de simple objeto.

Ya no es el proletariado, según las tesis leninistas, el sujeto colectivo que ha de llevar a efecto la revolución, sino que ésta corre a cargo de la élite de la clase obrera, representada por el partido comunista, que se considera la «vanguardia» de los trabajadores. Minorías selectas, bien formadas y dirigidas por la *intelligentsia* marxista, imponen su absoluta autoridad sobre el pueblo.

Stalin llevó las teorías de Lenin a sus últimas consecuencias totalitarias. Su muerte, acaecida en 1953, representó una profunda transformación en el desarrollo ideológico del comunismo ruso.

Kruchev, en el XX Congreso del Partido, pronunció un explosivo discurso en el que denunció los numerosos crímenes cometidos por Stalin, dando

comienzo a una nueva etapa revisionista de las tácticas del movimiento socialista, y, en la práctica, menos cruel que la anterior, al menos en apariencia.

La existencia de una sociedad clasista en el seno de la U. R. S. S. es algo que no puede ocultarse aunque se pretenda disimular tras la absoluta autoridad del partido comunista que con sus poderosos medios informativos se opone a su divulgación.

Por añadidura, la actitud de algunos regímenes comunistas, especialmente el yugoslavo, ha supuesto un duro golpe al mito marxista del paraíso del proletariado. Tito, el máximo dirigente de este país ha calificado a la U. R. S. S. como un «despotismo capitalista del Estado, creado artificialmente por una casta burocrática». Los dirigentes comunistas de Yugoslavia han llegado en sus juicios a calificar a la Unión Soviética como un «régimen fascista».

En Yugoslavia se crearon los Consejos de Obreros en las Empresas, y se concedió a los trabajadores alguna mayor intervención en la gestión de las mismas.

Así, pues, el revisionismo comunista parecía indicar cierto retorno a las ideas primitivas del socialismo utópico.

La clase trabajadora del mundo occidental no es, actualmente, en general, partidaria de la revolución subversiva, sino más bien de mejoras sociales por vía evolutiva.

Por eso, los partidos comunistas adoptan nuevas tácticas, mediante alianzas con sectores más o menos burgueses y renuncian al *mito* de la revolución.

Sin embargo, no todos los partidos comunistas de la Europa Occidental aceptan las consecuencias a que alude el presidente del partido comunista sueco C. H. Hermansson, que admite el sistema parlamentario y la cesión, en su caso, del poder ante un triunfo electoral adverso, aunque el hecho supondría, según él mismo, un grave problema «en el período de transición al socialismo».

La experiencia demuestra, y el caso de Portugal es reciente, con tajantes declaraciones en contrario de Cunhal, secretario del partido, quien no admite los resultados electorales ni siquiera como freno de la revolución, que tales afirmaciones de respeto a la voluntad general, hay que ponerlas en tela de juicio.

Esta actitud acomodaticia no es compatible con el comunismo, y sin duda habría sido rechazada por Lenin, pues significa el definitivo adiós al mito del proletariado.

La Unión Soviética, por otro lado, sigue siendo un Estado clasista y el hombre es allí desdichado.

Como ha dicho Adam Schffs en su obra *El marxismo y el ser humano*,

«el socialismo no puede garantizar a nadie la felicidad personal, ni aun en el caso de que estuviera en condiciones de superar definitivamente las causas materiales de la infelicidad de los hombres».

El polaco Lezek Kolakowski, aborda también la problemática del hombre ante el marxismo, en su libro *El hombre sin alternativa*.

Georg Lukas, húngaro que había defendido tiempo atrás la política de Stalin y que en 1956 entró a formar parte del Gobierno de Imre Nagy, ha manifestado a este respecto, igualmente, criterios contrarios a los que antes había sustentado.

El filósofo marxista checo Karel Kosik, ha llamado la atención sobre el contraste existente entre la «ley de la historia» y la actividad humana, afirmando a este respecto que «se ha llegado a olvidar al hombre».

En Yugoslavia, alrededor de la revista *Praxis*, se ha ido formando poco a poco una verdadera escuela de pensadores marxistas que no dudan en atacar las clásicas tesis marxistas. Así, Danko Grlic, Arnold Künzli y el escritor Milovan Djilas, que buscan en los primeros escritos de Marx anteriores al *Capital*, inspiración a sus ideas.

Estos cambios de actitud ante el sistema comunista se han producido al advertir distintos pensadores, incluidos algunos marxistas, que la dictadura del proletariado no era una situación transitoria, sino definitiva, y que las previsiones imaginadas por Marx no se daban en la realidad práctica. La opresión totalitaria es consustancial con el sistema.

Debe tenerse en cuenta que han sido precisamente intelectuales comunistas y no los anticomunistas, como pudiera creerse, los que provocaron los levantamientos populares en Berlín Oriental, Polonia, Hungría y Checoslovaquia, desde dentro y no desde fuera de sus fronteras.

Y es significativo que en la U. R. S. S. no han sido los humanistas, sino los científicos, matemáticos, físicos, etc., como Sajarov, padre de la bomba atómica rusa, y el físico Turshin quienes primero han manifestado su oposición al comunismo, que a sí mismo se calificaba de «científico». Después han venido el historiador Menjew y el novelista Solzenischen.

El proletariado, en su resistencia al monismo comunista, también se encuentra manejado por los intelectuales. O sea, que los trabajadores sólo actúan contra cualquier sistema, cuando éste es debilitado por los ataques de los intelectuales, que por su parte manipulan, a su vez, a la clase obrera para conseguir sus objetivos:

Solamente en China, según Reichhold, los campesinos han tenido alguna mayor iniciativa en la revolución comunista, a la que se incorporó Mao-Tse-Tung para acaudillarla.

La autodestrucción del proletariado a que se ha llegado en los países co-

munistas con la colectivización de los medios de producción, no ha terminado con la «identidad social» de dicha clase, que subsiste después de las nacionalizaciones, pero sí impide que pueda expresarse libremente y que cuente con una real independencia, pues, de hecho, todo el poder se concentra en los dirigentes del Estado a través del partido comunista. Por eso, la clase obrera se ve sometida a una verdadera alienación, tanto de tipo político como económico, que se deja sentir, lo mismo en los países comunistas como en los partidos comunistas de los Estados que se rigen por otro sistema de Gobierno.

El problema básico, en todo caso, está representado por el dilema libertad o igualdad, igualdad que, en cualquier caso, tampoco se logra en los países comunistas.

Spengler, impresionado por las consecuencias del maquinismo y del desarrollo industrial, en su fundamental obra *La decadencia de Occidente*, parece dar un adiós definitivo a su idea del eterno retorno de la historia.

Marx había descrito la evolución de la humanidad dividida en tres etapas: el feudalismo vinculado a la nobleza; el capitalismo que relacionaba con la burguesía, y el socialismo que asociaba al proletariado. Spengler presentía que esta última etapa era un viaje sin posible vuelta.

Pero lo cierto es que la producción necesita tanto del capital como del trabajo, y en la misma ambos elementos son indispensables, por lo que deben coordinarse en vez de enfrentarlos.

El capitalismo, en Europa, ha procurado desarrollar e incrementar la productividad industrial superando al socialismo en cuanto a mejora de la clase obrera, en la medida en que lo ha permitido la prosperidad de las Empresas.

Pero donde ha conseguido mayores éxitos en este aspecto ha sido en Norteamérica, en donde puede decirse que el proletariado ha desaparecido como forma específica de la clase obrera, que, en resumidas cuentas, se aburguesó totalmente.

Por otro lado, las fábricas, las industrias y, en definitiva, todo tipo de Empresas, ya no son *dirigidas* por sus propietarios, sino por gerentes o técnicos que son a la vez empleados de las mismas, y en algunas materias o en situaciones especiales, por sociedades de *consulting* totalmente ajenas a la Empresa.

En este aspecto puede considerarse a la burguesía como vencedora entre dos clases antagónicas a las que ha venido a sustituir y absorber. Incluso esa especie de respeto admirativo de los trabajadores manuales por las profesiones liberales de tipo preferentemente intelectual, ha desaparecido. Ya no existe ninguna prevención para elegir un trabajo material con preferencia a una actividad intelectual si no se tiene vocación para el estudio.

Por otra parte, el sistema industrial se siente empujado a crear las condiciones necesarias que permitan la aparición de grandes masas de consumi-

dores. De esta manera, la colectividad humana se transforma en una gigantesca comunidad de consumidores de una *sociedad sin clases*, cuyo denominador común lo constituye su capacidad para el consumo.

La automatización deja a los obreros, *trabajadores de bata blanca*, la sola dirección de las máquinas, y se presenta el problema de cómo ocupar el tiempo libre.

Los mayores ingresos de las clases menos elevadas y el constante aumento de la presión tributaria sobre los perceptores de mayores ingresos, constituye una revolución silenciosa hacia la sociedad sin clases.

La infraestructura de la sociedad moderna no está ya constituida, en los países más desarrollados, por obreros manuales, sino, en su inmensa mayoría, por intelectuales, hombres de ciencia, técnicos, empleados administrativos y especialistas.

Con ello, la clase trabajadora ha ido renunciando, poco a poco, a la política subversiva que le había sido asignada por los intelectuales marxistas a raíz de la primera revolución industrial.

La segunda revolución industrial ha venido a confirmar e impulsar el carácter racional de la producción y ha hecho posible que una distribución equitativa de los beneficios sea de general aceptación.

Al hablar Carlos Marx del conflicto inevitable entre los empresarios y los obreros en una sociedad capitalista cuando el sistema llegase a su cúspide monopolística, lo que constituiría un serio obstáculo para la expansión productiva, no tuvo en cuenta que el problema se plantearía precisamente al sustituir la propiedad estatal a la privada, de los medios de producción. Si en la actualidad existe algún sistema al que puedan aplicarse las palabras de Marx, según las cuales «la centralización de los medios de producción se convierte en un verdadero y serio obstáculo para el desarrollo del proceso productivo», ese sistema es el soviético en el que la economía se encuentra fuertemente centralizada. Ya no está en *pocas manos*, como podía ocurrir en el sistema capitalista, sino en *una sola mano*.

El sistema americano, después de la segunda revolución industrial, de la automatización y de los ordenadores, basado en la libre competencia y el progreso técnico, el estímulo del consumo y el aumento de los ingresos de todas las clases sociales para que las adquisiciones sean posibles, lo hacen muy eficaz para conseguir la mejora y aumento de la producción.

Ello ha dado lugar a que el inconformismo y la protesta manifestados en las poesías y en las obras de Faulkner, Eliot, Fitzgerald, Sinclair Lewis, Henry Miller, Hemingway o Tomas Wolfe, ha ido decreciendo hasta casi desaparecer por completo en las más recientes publicaciones de los autores citados,

los cuales han ido adaptándose y aceptando las condiciones de vida de la nueva sociedad americana.

Después de la segunda revolución industrial, los intelectuales americanos no admiten la posibilidad de un conflicto entre los capitalistas y los trabajadores, pues a todos les interesa mejorar, sin matar a la gallina de los huevos de oro, lo que constituiría un suicidio absurdo.

Un signo de este nuevo espíritu de concordia entre los intelectuales y el orden dominante en Norteamérica lo tenemos en la amplia colaboración de aquéllos con la Administración, a partir de Kennedy.

Así, pues, conforme al proceso que hemos descrito, vemos que se han transformado de manera radical las relaciones entre la clase trabajadora y la nueva sociedad.

El comunismo es plenamente consciente de que la clase trabajadora únicamente podría imponer un sistema socialista con la colaboración de los intelectuales, es decir, de los técnicos y hombres de ciencia, pero como se ha llegado, por las nuevas condiciones productivas, a un alto grado de bienestar general, en las sociedades desarrolladas es difícil imponer el comunismo mediante la captación de un proletariado que ha desaparecido.

Por eso, a la clase obrera, como factor revolucionario de las sociedades prósperas, ha sustituido una *nueva clase revolucionaria*, inspirada en principios distintos a los estímulos de reivindicación social que se presentaban como señuelo por los intelectuales a la clase proletaria.

La moderna economía exige un nivel mínimo de conocimientos científicos o técnicos, lo que obliga a la adquisición de una cultura al menos elemental. Por otro lado, la mejora de las condiciones económicas facilita también el acceso a los centros de enseñanza. Todo ello ha hecho sentir notablemente, en la sociedad, el incremento del nivel intelectual que, en contrapartida, al difundirse se desvaloriza.

De todos modos, el trabajo intelectual es en la actualidad una verdadera fuente de riqueza, como expone en un libro con ese título, Eugen Löbl, uno de los más caracterizados representantes del levantamiento popular en Checoslovaquia.

La ciencia se ha convertido en un factor decisivo del cambio social. A este respecto, ha sido enunciada una ley que se refiere al desarrollo y que podría formularse así: «La riqueza aumenta en proporción directa con el trabajo intelectual puesto en la producción e inversa a la participación en ella del trabajador físico».

Los descubrimientos científicos y técnicos permiten el aumento simultáneo de los salarios y de los beneficios del capital, en la producción, al incrementar el consumo.

Pero la economía de mercado no significa que el Estado deba renunciar a su función ordenadora dentro del sistema dada su complejidad y para evitar posibles abusos.

El internacionalismo proletario fracasó, por otro lado, al no tener en cuenta los distintos grados de desarrollo en los diferentes continentes y aun países: la sociedad superindustrializada de Norteamérica, la semiindustrial europea, la campesina china actualmente en proceso de industrialización y la sociedad tribal africana que reviste formas sumamente arcaicas, como igualmente algunos países asiáticos frente a otros tan desarrollados en este continente como los Estados Unidos; así, por ejemplo, el Japón.

Los intelectuales, por el contrario, sí constituyen ciertamente una clase internacional. Los científicos rusos han comenzado así a darse cuenta de que la revolución científico-técnica constituye en sí un alegato contra el mito de la revolución proletaria. Y aunque el régimen soviético hace lo posible por retenerlos, bastantes científicos, especialmente físicos y matemáticos, se distancian del mismo.

Las previsiones de Marx no se han cumplido. Los obreros han sido yendo sustituidos por científicos y técnicos, en vez de aumentar la clase proletaria.

El valor de las cosas no se mide por la cantidad de trabajo puesto en la transformación de la materia. La plus valía o exceso del valor del producto sobre el citado trabajo, beneficia a todos los elementos que intervienen en la producción; no sólo a los capitalistas, que, por añadidura, no son en la actualidad, como ya hemos dicho, los que dirigen la Empresa, que está a cargo de técnicos especiales que son, al mismo tiempo, empleados de la misma.

El desarrollo del sistema capitalista no ha producido la degradación social anunciada por el marxismo, sino más bien, por el contrario, una verdadera promoción de las clases trabajadoras.

Con el paso de una economía del pauperismo y de la escasez a una economía de la abundancia y de la opulencia, los postulados marxistas de la revolución proletaria han sido totalmente superados.

El desesperado esfuerzo del comunismo en atraerse de nuevo a los intelectuales y el mimo con que los trata, pone de manifiesto el profundo cambio operado en las relaciones sociales como consecuencia de la revolución científico-técnica que representa la moderna era industrial.

El obrero ya no aparece como el protagonista del trabajo de índole material, sino que ha sido sustituido por técnicos y científicos, ejecutores de una labor de características intelectuales que constituyen la base o infraestructura de la moderna sociedad industrial más avanzada.

De ahí la aparición de la *Nueva Izquierda*, que retorna a las posiciones antirreligiosas y materialistas de los siglos XVII y XIX, precursoras del marxismo. Lo curioso es que esta nueva izquierda pretende, en cierto modo, una «revolución conservadora» de carácter más ideológico que reivindicativo, con la diferencia de no ser como antes, obra de la «derecha» clásica, sino de las izquierdas doctrinarias.

Marcuse, por ejemplo, acusa a la clase trabajadora de haber perdido su carácter revolucionario al dejarse corromper por la economía del bienestar que ha dado lugar a una sociedad burguesa «unidimensional» en que todo el mundo vive y actúa del mismo modo.

Algunos aspectos de la crítica de Marcuse de la sociedad de consumo son acertados, como ha puesto de manifiesto Juan Vallet en su comentario a unas declaraciones del citado filósofo, publicadas no hace mucho en el diario ABC. Pero es curioso que mientras Marcuse combate a todos los sectores de la sociedad capitalista, no ataca del mismo modo el carácter «unidimensional» de la sociedad comunista.

En la Europa occidental, Paul Sartre representa, en la nueva izquierda, un rabioso neomarxismo *existencialista*, basado en la filosofía de la acción.

Ya no es para estos revolucionarios el determinismo histórico la causa del cambio social, que consistiría en la modificación de las condiciones económicas de la vida. Lo que hay que buscar, es una absoluta libertad, sin ningún límite. Pero esto, por sentido común, es imposible en una natural y armónica convivencia.

El campo de acción y el ideario de esta Nueva Izquierda, va desde el anarquismo hasta el marxismo, y ya no se vincula al proletariado, sino, preferentemente, a la inquieta juventud estudiantil, normalmente utópica y rebelde.

Curiosamente, cuando antes se luchaba por eliminar la miseria y el pauperismo, ahora se quiere destruir la opulencia y el bienestar.

Indudablemente, la moderna sociedad de consumo tiene muchos defectos que podrían resumirse en la opresión del hombre agobiado por la propaganda y la publicidad que incitan al gasto, al consumo y al lucro, y que terminan por esclavizarlo.

Pero la solución no puede encontrarse en una sociedad utópica, antinatural, voluntarista, rabiosamente libre y democrática sin predominio de ninguna clase social, que viene a ser el sustitutivo terminológico de la vieja concepción marxista de la sociedad sin clases.

La nueva izquierda se vincula notoriamente a la ideología anarquista a la cual Sartre ha aportado su teoría del existencialismo.

Buscan argumentos en los escritos del joven Marx, anteriores al *Capital*, y se oponen a los tejemanejes parlamentarios, acercándose en este aspecto a los partidos y grupos fascistas, también opuestos al Parlamento.

La oposición a la sociedad de consumo, a las estructuras autoritarias y al sistema parlamentario, constituyen los conceptos centrales ideológicos de la nueva izquierda, que pretende enlazar o entroncarse con la izquierda más vieja de la que se considera continuadora.

La nueva izquierda retorna a la ideología revolucionaria primitiva de los «Consejos de obreros», a los que ahora se agregan los estudiantes, la desaparición del Estado, el ateísmo, la libertad sexual y otros postulados similares: la conciencia de clase como fermento revolucionario preciso para destruir el orden subsistente, y como objetivo final la «nueva sociedad del futuro», a la que consideran como una «utopía real», que representa un horizonte muy superior al presente, según sus patrocinadores.

La pretensión de la nueva izquierda de conseguir el apoyo de los trabajadores, no ha tenido éxito, como se comprobó en las revueltas de París de mayo de 1968, en las que los sindicatos obreros, incluidos los comunistas que se mantuvieron a la expectativa, no secundaron la acción de los estudiantes. Esto demuestra que, incluso en una sociedad menos desarrollada y próspera que la americana, la llamada clase obrera no está tan proletarizada como, a veces, se supone, y tiene que perder algo más que «sus cadenas», por lo que ha adquirido cierto carácter conservador en el terreno económico.

La nueva izquierda aspira también, por su parte, a una «revolución conservadora», puesto que, lo que desea, es más bien un cambio en las ideologías y en la fundamentación filosófica y teológica de la sociedad, sin merma del bienestar material. La nueva izquierda no puede pretender el apoyo de los trabajadores, que entienden menos de ideologías que de intereses.

El movimiento obrero, después de un siglo de experiencias y debido a las nuevas circunstancias derivadas de la revolución industrial y tecnológica, está abocado a dar el definitivo adiós a la ilusión proletaria sembrada por los agitadores marxistas.

La clase obrera jamás ha actuado como clase dirigente, sino como clase dirigida y manipulada por los intelectuales. No existe un espíritu especial y unos objetivos típicos del proletariado, como ocurre con frecuencia entre los intelectuales de clase media. Su aspiración es dejar de serlo, y convertirse, tanto intelectual como económicamente, en burgueses. Por tanto, no es, en definitiva, el altruismo el impulso que le mueve, sino más bien la envidia, y su aspiración revolucionaria era sólo una ilusión. Su buena fe fue explotada por los intelectuales revolucionarios, pero la experiencia les ha demostrado

que pueden conseguir más fácilmente su elevación y mejoras de todo tipo, en un lento proceso evolutivo, pues las revoluciones siempre han ocasionado una miseria mayor que la precedente y la aparición inevitable de «nuevas clases». Podrá ser que todos vivan igual, pero una igualdad establecida al nivel inferior.

Por eso, Lenin no consideró nunca al proletariado como sujeto revolucionario, sino como elemento aprovechable para sus fines subversivos. El sujeto revolucionario era una minoría bien preparada y dedicada a conseguir sus objetivos. La revolución, incluidos los países en que ha triunfado, no ha sido nunca una revolución *del* proletariado, sino *sobre* el proletariado como única clase subsistente después de apoderarse el partido del poder.

El internacionalismo revolucionario, después de implantarse el comunismo en la «patria del proletariado», también es falso. En realidad, se trata de un internacionalismo *al servicio de los intereses* de la Unión Soviética y del imperialismo moscovita.

Este imperialismo al servicio de la U. R. S. S. se ha puesto de manifiesto en todos aquellos casos en que Moscú ha intervenido militarmente o incluso económicamente, en su beneficio, en los países regidos por Gobiernos que no resultaban gratos al Kremlin, aunque fuesen también comunistas, como es el caso de Alemania Oriental, Polonia, Hungría y Checoslovaquia, en cuyas ocasiones, los partidos comunistas del mundo entero, descaradamente o con mínimas reservas, se han puesto al lado de la U. R. S. S. Constituye, en este aspecto, un hecho muy expresivo el que todos los partidos comunistas de cualquier parte del globo terrestre, utilizan como emblema la bandera roja con la hoz y el martillo, que es precisamente la enseña de la Unión Soviética, y la canción de guerra es también el himno nacional de Rusia comunista —*La Internacional*—.

Cualquier revolución del futuro, será atea y contra Dios, una revolución anarquista o marxista como síntesis del materialismo evolucionista integral, pero no será nunca una revolución proletaria de reivindicación social, ya que la clase trabajadora, en sentido estricto, llamada a extinguirse como consecuencia de la segunda revolución industrial, ha pasado a mejor vida.